

Javier Tafur

Asubio

Ediciones La Sílabas
Colección Ocarina

Asubio
Javier Tafur
Cali, Colombia – 1992

© Javier Tafur González, 1992
A.A. 1919 Cali – Colombia
Diagramación y Armada: José Edier Gómez E.
Ilustraciones: Motivos Escandinavos Tradicionales
Impresión: Arte – Color Impresores. Cali

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Con el alba salí.
El camino no tiene huella.
De regreso leeré mis pasos.

Salta un gorrión.
-Lluvia de flores.

Conejos, mis ojos,
siguiendo al conejo,
en el jardín.

Ventea
y llueve de los alcaparros
de amarillo...
El viento
trae pájaros
y flores.

En la vocecita de la niña
tintinean palabras queridas
-las llaves de mi corazón.

Las colegialas sueñan en voz alta;
el viento respeta aún
los rosados pétalos de sus diademas.

Sueño entre el sueño.
La garza,
en el algodonal.

El guayacán florecido
parece reflejarse en el suelo
de tantas flores que han caído.

En la rama cortada
alcanza
a abrir el capullo.

Pequeña hoja
-pellejito de naturaleza-,
abono de futuro capullo.

Ha venido desatada desde siempre
a ser capullo
y a reventar en rosa.

Toc – toc, toc – toc,
me ha despertado
el pájaro carpintero.

Entra iluminando la casa,
todo objeto, cada rincón.
¡Mañana radiante de verano!

En el pechiamarillo
canta –presumida-,
la mañana de sol.

La mujer, en el pilón,
trilla el maíz.

Late el corazón de la casa.

La tarde se despide
con el rayo de sol
de la cigarra.

Grillo trasnochador,
persistes en tu canto
al amanecer.

He seguido sigiloso
la sombra del tiempo
en el reloj de sol.

Dando vueltas,
como flores en el río,
las niñas juegan en el patio.

¿Qué puede emocionarme
todavía?
Barquitos de papel
en la pileta del colegio.

Tilín – tilín,
al vendedor de paletas
le cantan las manos.

Se agitan las hojas
-También se emociona
el recio tronco del árbol.

Tras el viento
cae la fruta
levemente advertida.

Los dedos de la lluvia
comienzan a tocar
en el arpa de las hojas.

La niña se desliza
por el arco iris
-tobogán de su jardín.

Varios días sin barrer
las hojas de nuestro árbol...
-¡nostalgia de otoño!

El viejo caballo
echado en el potrero.
-Corren, los años.

Menuditas las hojas del sauce,
sobre la avenida.
-Sin duda un tapiz funerario.

En cada
hoja que cae
enseña el otoño.

Limonero de mi niñez;
hoy vuelvo a pasar por tu lado.
Ligero, en el recuerdo.

El viejo poeta chino,
envía, con un espejo, un haz de sol
a las flores en invierno.

Se hundió el buque
y una lágrima seca
hace crecer el mar.

En la raqueta la niña
lleva la gatica.
¡Inquita bolita juguetona!

He arreglado la casa;
mi amigo ciego
vendrá a visitarme.

Llueve, calmadamente,
sobre el cementerio campesino.
Nadie está de luto.
No hay pena en este llanto.

-Yo me pido el dorado.
-Yo el rosado.
-Para mí el malva.
-¿Y tú que te pides, niño?
-¿Yo? El amarillo.
-Apúrenle. Ya viene la noche.

Jazmín
-vara de incienso-
aromando en la noche.

Guardan sus linternas;
Merodean sigilosos los ladrones...
-Luna llena.

Escribo.
Soy un pájaro
cantando en la noche.

Existir
¡Poder hallarte!
Hablar
¡Poder hablarte!
Decirte, escribirte, cantarte.
¡Existir: poder amarte!

Canto a todo cuanto sea,
causa de ti,
causa de que te quiera.

De haber
venido, el camino
estaría florecido.

Ese Nosotros
-que somos tú y yo-,

otros no lo podrían
jamás conjugar.

Las caras iluminadas
por una luciérnaga.
Hoy no sale la luna.

Un hilillo de sangre al pincharse
un dedo, la hace estremecer
pensando en las balas de la guerra.

Hay peces en el mar
que se tragan las estrellas
y hacen perder a los marinos
las esperanzas de amor
que soñaron en la playa.

Con la constancia de las nubes
seríamos siempre adiós,
si no fuera por el mar de cada día
que nos regresa al sueño.

Lugares por los que paseaban;
¡que nadie los recorra!;
sólo las sombras que se aman.

Flores de agosto
-cometas
en el viento.

No saldré.
Tampoco tocaré a la puerta.
Llamo a la memoria.

Me gusta tu vestido;
el motivo que lo adorna
luce tu luna creciente.

Gratos días de verano;
más, los de invierno;
hace frío y tú te acercas.

Amor ciego.
Labios que se reconocen
en el beso.

El Dorado
lo ve el hijo del Indio,
en la vitrina, descalzo.

Trópico:
Lluvias y sonrisas;
profusión de frutas
sobre el verde campo
fértil de miserias.

Trópico:
la hierba crece en los andenes,
y un río de muchachos
no llega a las escuelas.

Trópico:
en traje de campaña
espanta grillos

y luciérnagas.

La vida
en alas de mariposa,
leve de universo.

El río sangra.
El pie descalzo
sobre la lata abandonada.

Un pastor, un perro, el rebaño.
¡Qué poética manera
de conducir las ovejas a la muerte!

Triste el canto
del pavo
en vísperas de navidad.

En las crines del caballo
mide la madre
la ausencia del hijo.

En su huella,
un peso de más: el fusil.
¡Triste verlos partir así!

Mendigos baleados
mientras dormían.
No fue propiamente un sueño.

Los rojos labios
-de la herida-
expresan asombro.

El parte
da cuenta de los muertos;
los niños no saben contar.

Cambia el nombre
de la víctima
y algún detalle al argumento.

Por la oca tumbada
soy, este atardecer,
un animal triste.

No sabe leer; compara
las fichas; juega dominó
para acompañar a su amiga.

En las lágrimas
de la guerra se nubla el camino
de la paz.

Días después del naufragio
asciende una burbuja
-exhalación del navío.

De blanco y de negro la joven viuda
mira en el cielo dos golondrinas.
En sus ojos húmedos se refleja el vuelo.

No doblaron las campanas
sino nuestras voces
obligadas al adiós.

No nos alegra fácilmente;
más trabajo tiene el trino
que logra conmovernos.

Ahora, desde la catedral del silencio,
no dirás que fueron vanas las horas
de la amada vida cumplida.

El profesor decía
que el Soldado Desconocido
era el ser querido de todos
que cada uno creía tenerlo,
allí, en el monumento.
-El soldado de la II guerra, profesor.
¿Cuál recogeremos de ésta?

Las pasadas horas;
me ocupo en el iluso oficio
de creer que fueron ciertas.

-¿Conoces algo
que valga la pena?
-Conozco la pena;
no sé si valga algo...

Sencilla flor,
silvestre ofrenda
al eterno luto de la tierra.

Dura realidad.
No te seques alma mía.
Reverdece.

De todo lo que fue
-¡Oh gran visión del mundo!-,
en rotos fragmentos me miro.

Lágrima –pequeñísima
gota de rocío-,
para la redondez de la tierra.

Somos así, malos y cariñosos,
como todos
los animales de la tierra.

Pegué el oído
y mi corazón estaba en fiesta;
era lo que menos esperaba.

Ser como piedra de río
que en cada golpe canta
se hace y se deshace.

¿Las chicharras?
No las escucho;
mi propio ruido las opaca.

La campana del colegio...
Son las nueve de la mañana
hace algún tiempo.

Tú eres mi poder y mi riqueza;
mi felicidad y mi dicha.
¡Nunca me abandones, fantasía!

Ando por fuera de mi tumba,
escribiendo versos
¡Cosas de la vida!

¿Alegría?
Una lágrima
que brilla.

Alegra cantar los pasos
mientras llegamos
a la región del misterio.

El pájaro que parloteaba;
muerto,
en la huerta.

Lo mejor de la vida

lo mejor de la muerte,
es que están hechas
de nosotros mismos.

Pasadas las lluvias
sobre su pecho de hierba
una florecilla silvestre.

No sucedió ayer...
Siempre
es hoy para la pena.

Sigue siendo bello
beber el rocío.
Todavía sobrevive la flor.

No sabía nada de nada.
Nunca pensé que hacerlo
-haberlo hecho-,
fuera importante, ¡tan importantel!
coger piedritas en el río.
No sabía nada de Heráclito
ni que mi padre moriría.

No se me reclame la llorada
despedida, la mariposa, el trino,
el suave paso de las nubes...

Días aciagos;
pero junto a la orquídea
olvido mis heridas.

Florece los guayacanes,
cantan los hoyeros, llegan las lluvias;
creo que es fundada mi alegría.

Revolotea la mañana
-mariposa amarilla-,
entre el verde follaje.

Gaviota
-blanco instante
sobre el mar.